

# **LOS DEBATES SOBRE LA MATERNIDAD: MATERNIDAD Y MATERNIDADES.**

Amparo Moreno Hernández. Dpto. de Psicología Evolutiva y de la Educación. UAM

## **1. INTRODUCCIÓN**

La crianza de los hijos constituye una tarea valiosa, exigente, interpretativa, creadora, que requiere capacidades de todo tipo. En ella se ponen en juego no sólo sensibilidad y afecto sino también inteligencia e ingenio. La crianza plantea problemas cotidianos que, aunque superficialmente parezcan los mismos que generaciones de mujeres han debido solucionar, presentan siempre aspectos nuevos que demandan tomar decisiones y, por tanto, pensar sobre las soluciones más adecuadas en un contexto determinado. La biología puede habernos dotado para embarazarnos, parir y criar pero no nos provee de fórmulas para resolver esas complejas ecuaciones ante las que nos colocan hijas e hijos, con sus matices según el periodo de la vida en que se encuentren ellos y, también, en que nos encontremos nosotras.

La importancia social de la maternidad no alberga dudas y tampoco la necesidad de controlar su ejercicio según la conveniencia de las diferentes autoridades, sean políticas o científicas. De hecho, estas últimas no están siempre tan alejadas de las primeras. Como ya nos enseñó Khun, las teorías no sólo influyen en los valores sociales sino que toman forma de acuerdo con los valores sociales del momento y del lugar. Por esta razón, no es extraño que los estudiosos se hayan ocupado de la maternidad a lo largo de la historia y que sus reflexiones y dictámenes tomaran, en la mayoría de las ocasiones, la forma de consejos sobre cómo las mujeres- madres actuales o futuras- deben desempeñar de la mejor manera este papel.

Los movimientos feministas han participado también en esta reflexión adoptando una perspectiva muy diferente pues su análisis considera como sujeto principal a la mujer y revela la influencia del patriarcado en la configuración del ejercicio del papel de madre. La obra de Simone de Beauvoir (1949) sigue siendo el punto de partida clave para acercarse a esta,

podríamos llamar, refundación de la cuestión. En su estela, las publicaciones sobre el tema, realizadas por autoras procedentes de diversos campos, no han dejado de sucederse (una muestra de las editadas en español son: Ferro, 1991; Roca i Girona, 1996; Tubert, 1998; Fernández Montraveta, Monreal, Moreno y Soto, 2000; Caporale, 2004; Paterna y Rodríguez, 2005). Por tanto no podemos afirmar que los debates sobre la maternidad supongan una novedad pero sí que se encuentran de plena actualidad, tanto el mundo científico como en el político o en los medios de comunicación.

En el corazón de estas discusiones se encuentran, a nuestro entender, cuatro cuestiones fundamentales: 1) la relación entre la identidad de la mujer y la maternidad; 2) la experiencia maternal idealizada frente a las experiencias maternas reales; 3) los estereotipos de *buena* y *mala* madre y 4) el comportamiento maternal *instintivo* y la maternidad *natural*. Pasamos a revisar cada uno de estos puntos.

## 2. IDENTIDAD FEMENINA Y MATERNIDAD

*La maternidad es nuestra razón de ser...si venimos al mundo, es por eso* (adolescente entrevistada en Carvallo y Moreno, 2003)

Esta cita ilustra perfectamente la concepción, sostenida a lo largo de los siglos, de que la maternidad constituye una vía obligatoria –en algunos casos, incluso única- de realización de las mujeres. Aunque muchas de ellas no comulguen explícitamente con esta afirmación, la presión para convertirnos en madres se sigue ejerciendo desde el exterior y desde nosotras mismas. Existe una notable excepción: las mujeres que dedican su vida a un fin superior, es decir, el servicio a Dios. En este caso, como ilustra el poema de Gonzalo de Berceo *La abadesa preñada*, magníficamente comentado por Ángeles Durán (2000: 153-176), la abadesa no desea proseguir el embarazo y le ruega a la virgen María algún remedio. La Virgen obra el milagro de extraer –sin dolor- la criatura del vientre de la abadesa y darlo para criar a otra persona. <sup>1</sup>

Volvamos a nuestra primera cuestión, ¿cómo se ha ido produciendo esta equivalencia

entre la identidad de la mujer y el papel de madre? Podríamos contestar que la pregunta sobra ya que, en tanto la naturaleza nos dota de esta posibilidad y somos una de las piezas claves para la conservación de la especie, lo *normal* es hacer realidad la posibilidad. Sin embargo, sabemos que la anatomía no es un destino inexorable sino una posibilidad sujeta a decisiones. La opción se ha convertido en prescripción mediante una definición que nos aboca a ejercer de madres, incluso sin tener hijos. De este modo, nos convertimos en *madres* de personas a las que no hemos parido ni criado: nuestros progenitores -cuando se convierten en personas dependientes-, nuestras parejas, nuestros compañeros de trabajo, los estudiantes de los colegios a los que asisten nuestras criaturas, los restantes vecinos de la comunidad de propietarios... De todos nos preocupamos y cuidamos. Cuál es la razón de este cuidado extensivo: nuestra definición como mujeres incluye como atributo esencial la preocupación por los otros.

Una parte de la *psicología de las diferencias* ha contribuido a formar, reforzar y perpetuar este estereotipo. Pensemos que los estudios psicológicos sobre las diferencias humanas se han centrado fundamentalmente, durante años, en el *sexo* y la *inteligencia* (Barberá, 1988: 43). En los dedicados a las diferencias sexuales y de género, encontramos el consabido reparto de papeles entre mujeres y hombres. El papel de género de las mujeres, denominado *expresivo*, se significa por ser personas afectuosas, cooperativas, amables, conscientes de los sentimientos y necesidades de los otros. Como complemento, el papel masculino, denominado *instrumental*, incluye liderazgo, asertividad, competitividad, independencia. No hace falta señalar hasta qué punto la *esencia* femenina se hace congruente con las tareas de esposa y madre, encargada de criar a los niños y mantener el equilibrio familiar.

Estas conceptualizaciones, desarrolladas en torno a la mitad del siglo XX, han podido verse reflejadas en marcos teóricos más actuales. Así, de acuerdo con Gilligan (1994: 258), las mujeres, cuando deben definirse, lo hacen describiendo una relación - *madre futura, esposa*

*actual, hija adoptiva o antigua amante* - y omitiendo sus actividades académicas y profesionales (que de hecho llevan a cabo). Como afirma esta autora en una publicación posterior (Gilligan, 2003: 29), carece tanto de sentido renunciar a las relaciones para conservar la voz personal-estrategia masculina- como silenciar la voz propia para conservar las relaciones –estrategia femenina.

Las necesarias y valiosas reflexiones de esta autora tenían como fin ampliar el retrato del desarrollo humano para incluir la voz de la mujer y, al mismo tiempo, abandonar la minusvaloración que pudiera haber entrañado mirar el mundo desde otra perspectiva. Sin embargo, su énfasis en un modo femenino peculiar de ser y de juzgar, basado en el cuidado y la atención, ha llevado en ocasiones a pensar en la existencia de una esencia femenina, con los atributos finisecularmente subrayados y conectados con el papel de madre.

La obra de Gilligan suponía una aportación novedosa y un análisis profundo de la construcción de la identidad en mujeres y hombres. Obras más recientes no nos merecen el mismo juicio. El notable investigador Baron-Cohen, especialista en autismo, ha publicado recientemente (2004) un libro cuyo título compendia su contenido *La diferencia esencial*. En esta obra describe el cerebro masculino y femenino como, respectivamente, un cerebro *sistematizador* y un cerebro *empatizador*. El cerebro femenino *empatizador* se caracteriza por el impulso a identificar las emociones y pensamientos de otra persona y responder ante ellos con una emoción adecuada (op.cit.: 2). Por su parte, el cerebro masculino se caracteriza por *sistematizar*. Esto significa que su motivación interna se dirige a comprender un sistema y construirlo. El autor aclara que, aunque *empatizar* se aplica más fácilmente a agentes y *sistematizar* a aspectos del ambiente sujetos a leyes, los sistemas a los que se refiere al describir el cerebro masculino no se reducen a los técnicos. Pueden ser sistemas naturales, abstractos, sociales, organizativos, motores (p.cit.: 63 y ss.). Baron-Cohen nos señala igualmente las

ventajas de cada tipo de cerebro. El cerebro masculino está especialmente preparado para usar herramientas, cazar, comerciar, el poder y la dominancia, el liderazgo o tolerar la soledad. El cerebro femenino, ¿dónde encuentra sus ventajas? Adivinemos: ¿en la maternidad, quizás? Hemos acertado, pero no sólo hemos desarrollado una mente especializada en cuidar de nuestros hijos sino también en descifrar la mente de nuestras parejas. Por supuesto, Baron-Cohen aclara que no se trata de realizar valoraciones diversas sino de describir las diferentes especializaciones para las que la evolución nos ha ido conformando.

A pesar de los trabajos –clásicos- de Maccoby y Jacklin (1974) y –el más reciente- de Hyde (2005), en los que se refuta la existencia de diferencias psicológicas numerosas y significativas entre mujeres y hombres, el hecho de ser mujer y ser madre siguen formando una equivalencia basada en los presuntos rasgos psicológicos *esenciales* de la mujer.

En este sentido, el hecho de convertirse en madre constituye el factor fundamental en la vida de las mujeres, encargado de proporcionarles una identidad positiva, un sentido de la realización y el estatus definitivo como persona adulta. La identidad femenina se hace depender de la capacidad o voluntad de fertilidad. ¿Qué ocurre cuando esa capacidad o voluntad están ausentes? Aquí surgen los problemas.

En primer lugar, se considera a la mujer que no es madre como una persona mermada, carente de algo y se concibe esta condición, no como fruto de una elección legítima de no tener hijos, sino como un síntoma de problemas físicos o psicológicos. Así, como señala Ireland (1993), las mujeres que no son madres suelen ser descritas o bien positivamente, como personas excepcionales en la mitología o el folklore (las diosas Atenea o Artemisa), o bien negativamente como personas egoístas y sin voluntad de cumplir su función femenina natural. En este último caso, las brujas pueden encarnar esta versión de las mujeres sin hijos (Ireland, 1993: 7).

En la actualidad, perviven estos estereotipos de las mujeres adultas sin hijos por propia

voluntad como personas sin capacidad para vincularse afectivamente a otras y sólo interesadas por triunfar en su carrera profesional. Por un lado, no contamos con ninguna comprobación empírica de que las mujeres no madres no puedan establecer lazos afectivos y, por otro lado, nos preguntamos por qué es materia de juicio moral el deseo femenino de realizarse profesionalmente. Por último, ¿sale dañada la imagen de un varón por el hecho de no querer tener hijos o pareja, o por centrar su vida en obtener éxito en su trabajo? Entendemos que estas circunstancias son en el caso masculino más una fuente de prestigio que de menoscabo.

Junto a las mujeres que no son madres por voluntad propia, encontramos a las que desean serlo y no pueden. Estas mujeres<sup>2</sup> pueden acudir a tecnologías reproductivas. Dada nuestra falta de especialización, sólo traer a colación la doble visión de estas técnicas como un instrumento más que posibilita el control de las propias mujeres sobre su salud física y psicológica o, por otro lado, como técnicas que coartan su libertad de decidir y sobre las, de hecho, no pueden ejercer un control real (Beckman y Harvey, 2005; Andrés, 2000). Fuera de la polémica, es lícito preguntarnos hasta qué punto las mujeres no se someten a estos tratamientos llevadas por la consideración – y la presión- de la maternidad como el camino inexcusable para su ser de mujer.

Sabemos que, desde un punto de vista feminista, se ha venido rechazando desde hace mucho tiempo la igualdad mujer-madre. Por el contrario, se ha afirmado rotundamente que las mujeres "no somos solamente madres" y tenemos derecho a elegir la maternidad cuando nos parezca o a no ser madres (contracepción, aborto). Dando un paso más allá, las feministas radicales han llegado a ver la maternidad como el principal obstáculo para la liberación de la mujer y la equiparación entre los sexos, y han creado otras equivalencias maternidad=dependencia=opresión.

En el momento actual, el debate se centraría no ya en estas dos igualdades (mujer=madre; madre=opresión) sino en el análisis de las condiciones psicológicas, materiales y sociales

que pueden dar uno u otro significado al hecho de ser madre o de no serlo. Así, algunos grupos feministas afirman que no es la maternidad sino la responsabilidad exclusiva de las mujeres en relación con los hijos y la esfera doméstica lo que constituye la fuente de opresión. Por último, desde otras perspectivas que también reclaman la identidad feminista, se concibe la maternidad como un acto de creación, una fuente de identidad y de poder.

### **3. LA IDEALIZACIÓN DE LA MATERNIDAD.**

*Es que es muy bonito tener un hijo* (adolescente entrevistada en Carvallo y Moreno, 2003)

No resulta extraño oír o leer afirmaciones tales como *Ser mamá es lo mejor que le puede pasar a una mujer*. Como señala Bruner (1997: 15), *es a través de nuestras propias narraciones como principalmente construimos una versión de nosotros mismos en el mundo, y es a través de sus narraciones como una cultura ofrece modelos de identidad y acción a sus miembros*. La narración de la maternidad que nos han transmitido la describe como un sinónimo de realización, competencia, serenidad, equilibrio, estabilidad de pareja. El modelo que nos proporciona esta narración es el de una mujer completamente feliz, ya desde el embarazo, con independencia de cualquier circunstancia particular o social.

Sin embargo, tal como afirma Hidalgo (1988: 161), frente a esta visión romántica que considera la maternidad y la paternidad como motivos de consolidación, estabilidad y culminación de las relaciones de la pareja y de la vida adulta, estos procesos pueden al mismo tiempo considerarse como desencadenantes de cambios, tensiones y redefiniciones de la propia vida y de las relaciones personales significativas.

Este último punto de vista parece razonable ya que tanto el embarazo como la

maternidad significan un cambio trascendental que atañe a todas las parcelas de la vida de la mujer: vida cotidiana, vida profesional, imagen corporal, vida afectiva, es decir, sus relaciones con la pareja, los amigos, los padres, los colegas de trabajo. De hecho, contamos con pruebas de que este cambio de identidad está con frecuencia rodeado de dificultades y preocupaciones. El carácter conflictivo de esta situación está presente de forma sobresaliente en los libros de psiquiatría dedicados a la mujer -no es infrecuente encontrar que el 75% de los capítulos de una de estas obras haga referencia a los trastornos asociados a la maternidad (mujeres que no pueden tener hijos, que abortan, depresión postparto, hijos con problemas, muerte de los hijos, etc).

Sin embargo, la alusión a estos graves problemas no es necesaria para revelar las diversas facetas -gratificantes y no tan placenteras- asociadas al ejercicio cotidiano de la maternidad. No sólo las obras especializadas sino la prensa diaria nos enfrenta a los problemas de la conciliación familiar-laboral, el desigual reparto del trabajo doméstico, el olvido de una misma en aras del cuidado de los otros... Tanto es así que podríamos hablar del mito de la maternidad feliz definiendo un mito como lo hizo el poeta Valéry: *Lo que existe y subsiste solamente a causa de la palabra*.

Una vez definida esta segunda cuestión, volvemos, como en el apartado anterior, a preguntarnos sobre las consecuencias de esta falsificación de la realidad.

Para ilustrar esta pugna entre el modelo prescrito y los sentimientos de una mujer, nos sirven estas palabras de Renée, personaje de una novela de Balzac: *No siento nada antes del primer movimiento del niño, pese a que todos hablan de la felicidad de ser madre. Ay, yo soy la única que no siento nada, y no me atrevo a hablar del estado de absoluta insensibilidad en que estoy* (Badinter, 1992: 209). Vemos así que la mujer -ya madre- que no es completamente feliz con la experiencia no se ve reflejada en ese espejo *mítico* lo que desencadena en su interior conflicto y desasosiego. Ussher (1991: 117-118) recoge estas otras expresiones del malestar:



"Vaciada de toda vitalidad, maloliente y con un gusto metálico en mi boca, me pregunté dónde estaba esa tan encomiada luminosidad del embarazo ¡Me sentía horrible!"

"Parecía que no era capaz de hacer nada bien: me sentía tan cansada... el niño no dejaba de llorar y yo no dejaba de pensar que aquella se suponía que era la experiencia más realizadora de toda mi vida. Yo la sentí como la más solitaria y desdichada."

Los testimonios de las propias mujeres nos parecen suficiente prueba de la complejidad de la cuestión. A ellos añadimos un conjunto de datos *científicos* que nos hablan de las diferencias entre el mito y la realidad cotidiana de la crianza de los hijos. Así, Boulton (1983, citado en Bradley, 1989) encuentra que, para la mitad de las mujeres objeto de su estudio, la maternidad es una tarea llena de significado, pero el cuidado de los niños constituye una experiencia frustrante e irritante. Otros trabajos (Brown y Harris 1978, citado en Bradley, 1989) nos hablan de que los tres mejores predictores de depresión en las mujeres son el matrimonio, el nivel socioeconómico bajo y el tener la responsabilidad principal de niños menores de cinco años.

En relación, no ya con los cambios en la vida de la mujer sino con los cambios en la pareja, la maternidad y la paternidad pueden significar –con importantes variaciones según las parejas- una disminución en la satisfacción que proporciona la relación, asociada fundamentalmente a la disminución en la frecuencia y satisfacción en las relaciones sexuales, la menor disposición de tiempo para compartir actividades y la acentuación de los papeles de género tradicionales (Hidalgo 1998). Oakley (1980), en su estudio con madres primíparas, halla que el nacimiento del primer hijo significa a menudo un deterioro de la relación entre la pareja - los hijos exigen trabajo, producen gastos y requieren decisiones, todo ello fuente potencial de conflictos (Alberdi 1999, p. 146)- y que la mayoría de las madres sienten que en los primeros momentos de la maternidad son mayores las pérdidas que las ganancias.

Lo que nos interesa subrayar es que algunos de estos problemas –no todos- podrían verse mitigados si no se diera la exigencia de obrar de acuerdo con expectativas idealizadas sobre el hecho de ser madre. Las expectativas poco realistas en las embarazadas respecto al parto y la maternidad, si la realidad experimentada difiere de lo que se esperaba, pueden tener un impacto considerable en la autoestima (Oakley, 1980; Fowles, 1996; Stern, Bruschiweiler y Freeland, 1999). Por supuesto, el embarazo, el parto y la maternidad no son inevitablemente experiencias negativas o deprimentes. Muchas mujeres pueden sentir y expresar un aumento del bienestar emocional. Para estas mujeres, la expresión de sus sentimientos resulta fácil ya que no contradice el estereotipo y la sociedad acoge gustosa su alegría como confirmación de la creencia. El testimonio de la escritora Rosa Regás también halla eco –quizá no en el número deseado de vástagos- en nuestra experiencia como madres: *Los hijos son lo mejor de la vida...No tuve 12 porque a mi marido le parecía una exageración* (Preciado, 1997).

Sin embargo, las mujeres que, por muy diversas circunstancias, no sienten esta felicidad encuentran difícil expresar un estado de ánimo opuesto al arquetipo de la jubilosa "madonna" (Ussher, *op. cit.*, 119). No se trata, pues, de ofrecer un retrato idílico ni tenebroso de la maternidad sino de hacer emerger las dificultades que conlleva cualquier cambio trascendental en la vida de una persona; aunque estos cambios supongan capacidad de crecimiento. Como todos los procesos psicológicos con una importante carga afectiva -relaciones de pareja, de amistad o entre hermanos- la ambivalencia surgiría como sentimiento clave para comprender la maternidad: He sentido, *el más intenso sufrimiento, el sufrimiento de la ambivalencia: la alternancia asesina entre el más agrio resentimiento y los nervios de punta y la satisfacción dichosa y la ternura* (Rich 1976).

### 3. LOS ESTEREOTIPOS DE BUENA Y MALA MADRE

En el epígrafe anterior hemos señalado ya que la representación del papel de madre debe adaptarse a una narración creada culturalmente en la que la felicidad se convierte en un ingrediente fundamental. Entendemos pues que este hecho psicológico, cultural, biológico lleva aparejadas prescripciones que asumen una naturaleza moral y diferencian entre categorías de madre. La clasificación y valoración de los diferentes tipos de madres es un hecho muy revelador. El ideal, implícito o explícito, tiene en cuenta el estado civil, la edad, la orientación sexual, el origen biológico o no de los hijos... Así, cuando se ilustra el modelo de madre no se está remitiendo a una madre separada o soltera, a una madre adolescente o demasiado madura, a una madre lesbiana, adoptiva o con alguna discapacidad. Estas categorías no surgen de una ordenación neutra de la realidad sino que conllevan juicios morales, en los últimos ejemplos citados a veces negativos.

Haciendo abstracción ahora de esta multiplicidad de maternidades, encontramos sumariamente dos imágenes del ejercicio de la maternidad contrapuestas y ampliamente extendidas: la Buena Madre y la Mala Madre. En la descripción de Swigart (1991), la Buena Madre es una mujer que sólo quiere lo mejor para sus hijos, cuyas necesidades intuye sin ningún esfuerzo. Adora a sus retoños y los encuentra fascinantes. Esta madre se adapta exquisitamente a sus hijos y posee tantos recursos que es inmune al aburrimiento. Ocuparse de sus hijos le resulta tan natural como respirar, y la crianza es una fuente de placer que no requiere disciplina o autosacrificio (Swigart 1991: 6).

En el camino de conformarse a este ideal de Buena Madre, las mujeres no han estado solas. Como reza el título de un magnífico libro -*Por su propio bien. 150 años de consejos de expertos a las mujeres* (Ehrenreich y English 1978)-, éstas han contado con la inestimable ayuda

de médicos, psicólogos, filósofos, la mayor parte, varones. El siglo XX fue el siglo del niño y, al mismo tiempo, de la maternidad *científica*.

La disciplina de la psicología -nunca aislada del contexto sociopolítico general- ocupó un lugar central en la definición de este deber ser maternal. El amor se convirtió en el trabajo fundamental de las madres y el amor materno en un campo de conocimiento científico. La maternidad no debía verse como un deber, "madre e hijo podían disfrutar uno de otro, responder a sus mutuas necesidades de una manera perfecta, instintiva, como si la naturaleza en su infinita sabiduría hubiera creado dos consumidores felizmente emparejados y dispuestos a alimentarse recíprocamente" (Ehrenreich y English, op. cit.: 249).

En la otra cara de la moneda, está dibujada la Mala Madre y podemos ya inferir un atributo de la madre que no es buena, no ama *suficientemente* a sus hijos. De este modo, la Mala Madre es una mujer aburrida de su prole, indiferente a su bienestar; tan narcisista y centrada en sí misma que no puede saber qué interesa más a sus hijos. Insensible a sus necesidades, es incapaz de tener empatía con ellos y los usa frecuentemente para su propia gratificación. Esta mujer daña a sus hijos sin saberlo y, dada su inconsciencia, no es capaz de cambiar de actitud (Swigart 1991: 7).

Esta *mala* madre, vista como castradora, fría, indiferente, se convierte en el origen, en la causa, de los trastornos psicológicos que sus hijos sufrirán en un futuro. En 1911, en el prólogo de un libro dedicado al deber maternal, un abogado de apellido Rollet afirmaba que *sabemos con certeza que la criminalidad juvenil es casi siempre consecuencia de la ausencia de la madre del hogar o bien de su incapacidad o indignidad* (Badinter: 228). Años más tarde, Bowlby va a desarrollar su propio modelo teórico en el que sitúa, como requisito para una adecuada salud mental adulta, haber disfrutado durante los primeros años de vida de una vinculación afectiva segura con el *objeto de apego*. En este modelo Bowlby conjuga su

formación psicoanalítica y la perspectiva etológica del momento. Su primer estudio (Bowlby, 1946) versa sobre una muestra de jóvenes delincuentes y concluye estableciendo una relación entre la conducta desadaptada y la separación prolongada de la madre durante los primeros años. En sus siguientes trabajos, se acuña el concepto de *privación maternal* que da cuenta de los graves problemas ocasionados por la falta de cuidado *materno*. Leído vulgarmente, si la madre no cumple con la exigencia de estar siempre disponible para satisfacer las necesidades de sus hijos -olvidándose de las suyas propias- con seguridad éstos pagarán las consecuencias.

Las afirmaciones de Bowlby obtuvieron una enorme publicidad ya que éste trabajó para la OMS y sus charlas se retransmitían por la cadena BBC. Somos conscientes de que estos estudios tuvieron la intención de mejorar la situación de los niños después de la II Guerra Mundial y así han contribuido a hacerlo al poner en claro que nuestro desarrollo no solo exige alimentación e higiene sino también contacto íntimo con nuestros congéneres.<sup>3</sup> Sin embargo, la divulgación de estas ideas sobre los desastres asociados a la privación materna y la necesidad de una atención materna única y de plena dedicación han colaborado a culpabilizar a las mujeres al mismo tiempo que a dejar en el olvido las responsabilidades de los padres varones y la sociedad en su conjunto. Las críticas a la teoría del apego –en relación con la existencia de más de un apego, la importancia de la vinculación con el padre, la influencia de la individualidad de la criatura, el carácter no innato del apego, las diferencias entre culturas, entre otros extremos- no han gozado de una publicidad tan extensa como la disfrutada por Bowlby en su momento y han quedado limitadas al conocimiento de los especialistas (recomendamos la lectura de un clásico como Rutter, 1990). Creemos que este hecho no procede del azar sino del deseo de perpetuar un discurso muy conveniente sobre la mujer como cuidadora principal- a veces, exclusiva- de las hijas e hijos.

Para finalizar, no dudamos de que existe en las crías de nuestra especie y otras especies,

la necesidad de establecer vínculos con adultos de tal manera que se asegure su supervivencia. Está claro además que gran parte de los progenitores experimentan una fuerte respuesta emocional ante sus retoños. Sin embargo, lo que se suele olvidar es que la satisfacción de estas necesidades puede ser sujeto de una gran variación tanto en sus agentes (padre, madre, hermanos, abuelos...) como en el comportamiento concreto de cada madre. Como afirma Hays (1996: 38), sobre la base *natural* hay capa sobre capa de elaboración y reforzamiento socialmente construido.

## 5. EL INSTINTO MATERNAL Y LA MATERNIDAD NATURAL.

La maternidad ha recibido una definición en términos puramente biológicos como el hecho de engendrar, dar a luz y criar un hijo y de ahí que el comportamiento ideal de la madre haya recibido el calificativo de *natural*. De hecho, si algunas teorías fueran verdad, las madres no necesitaríamos a los expertos. Antes bien recurriríamos a nuestras aptitudes *naturales*, nuestro instinto, a una hormona pituitaria -que según han declarado algunos psicólogos (Anthony y Benedek 1970, citado en Ehrenreich y English: 248) se encarga de regular el comportamiento maternal- o a un denominado *gen de la maternidad responsable*.

Desde nuestra perspectiva, el concepto de *maternidad natural* se funda en tres supuestos básicos que incluyen indefectiblemente la ausencia de variabilidad:

1. El comportamiento maternal lo exhibirían de igual manera **todas las hembras** de las distintas especies que cumplen o han cumplido esta función reproductora. Este comportamiento y su significado no variaría dependiendo de las diferentes circunstancias en que se realiza la función de ser madre, en concreto,
2. se encuentra en **mujeres de todas las culturas** y en
3. **mujeres de todos los tiempos**

En relación con la comparación establecida con otras especies, todavía parece vigente esta admonición del siglo XVIII: *Observad a los animales, aunque las madres tengan desgarradas las entrañas...se olvidan de sí mismas....la mujer está sometida como los animales a este instinto* (Gilibert, 1770, en Badinter: 154). Frente a ella –y sus correlatos contemporáneos– algunas autoras (Martín, 2000) nos muestran, primero, que en las demás especies animales podemos encontrar una variabilidad de conductas maternas y, segundo, que ser hembra no equivale a ser buena madre o madre. Esta variabilidad inter e intra específica se debe a factores individuales y contextuales. En relación con los papeles de machos y hembras, las hembras no sólo son maternas sino también agresivas en competición. Por su lado, los machos no sólo son agresivos, también proporcionan cuidado y protección.

En consonancia con el segundo argumento, que podría formularse como la cultura contemporánea ha hecho perder su *norte natural* a las mujeres pero su instinto maternal está ahí si escarbamos un poco, Liedloff (2003) lo expresa de esta manera *una vez que una madre empieza a servir al continuum de su bebé (y, por tanto, al suyo como madre) su instinto confundido por la cultura se reafirmará y conectará de nuevo con sus motivos naturales. No deseará dejar a su bebé [...] Las madres podrían...dejar el trabajo para evitar crear unas carencias que dañarían al bebé para el resto de su vida y que además serían una carga para ellas durante años* (la negrita es nuestra).

De acuerdo con esta línea de pensamiento, el instinto maternal, por tanto, podremos encontrarlo en su forma más prístina en mujeres de culturas *no corrompidas*. Dejamos a las especialistas encontrar una definición y un ejemplo precisos para estas culturas. Quedémonos con el referente usual: las mujeres de países que no pertenecen a nuestra órbita de desarrollo socioeconómico. Frente a esta visión idealizada de la maternidad en otras culturas, reflexiones y

trabajos antropológicos (véase Monreal, 2000), nos relatan que, en circunstancias de extrema pobreza, depresión demográfica o negación de otras prácticas culturales de control de natalidad, las madres pueden no querer atender a sus hijos no deseados. En otros contextos, como el sudafricano en la época de la esclavitud, las madres mataban a sus hijos como un acto de resistencia. Es más, en el conocido trabajo *La muerte sin llanto* (Scheper-Hughes, 1997), vemos ejemplos de grupos humanos en que las madres que juzgaban a cada niño según una escala de aptitudes para la vida: "no se agarran a la vida", "desean morir", "odia la comida", "no quieren comer" "no tiene voluntad de vivir". Al morir los niños, sus madres no mostraban una gran pena seguido de una serie de explicaciones como: "era la voluntad de Dios" "fue llamado al cielo para convertirse en angelito". Una explicación posible sería que el amor maternal va apareciendo conforme el riesgo de pérdida es menor. La falta de sentimientos fabrica una coraza emocional contra el riesgo de ver morir a los niños.

Desde otra mirada disciplinar, publicaciones realizadas por expertos en el campo de la Psicología afirman que considerar como *tradicional o natural* la situación de una mujer dedicada a tiempo completo a sus hijos, es *testimonio del poder de una mitología reciente* (Lamb y Sternberg, 1992). Como afirman estos autores, en el contexto del estudio de la educación infantil, el cuidado materno exclusivo rara vez ha sido una opción en cualquier fase de la historia humana; de hecho surgió como una posibilidad para una pequeña élite durante una pequeña porción de la historia humana (Lamb y Sternberg 1992: 2). Si resultara necesario hacer acompañar esta afirmación de algún dato más preciso, diremos que trabajos en diferentes -186- sociedades humanas atestigüan que las madres funcionan como cuidadoras exclusivas de sus hijos en un 3% de los casos y como cuidadoras principales en un 60% (Weisner y Gallimore 1977).

El tercer argumento nos describe un ejercicio maternal idéntico –y virtuoso- a lo largo de



la historia de la humanidad. Badinter (1992), en su ensayo sobre el amor maternal del siglo XVII al XX, nos avisa frente a esta nueva narración de que, a lo largo de nuestra historia, podemos encontrar actitudes y calidades de amor muy diversas, que *van del más al menos, pasando por nada o casi nada*. De acuerdo con esta autora, el instinto maternal se conformaría de nuevo como un mito dada la ausencia de una conducta universal y necesaria de la madre.

Como en los apartados anteriores, nos interesa mucho resaltar las implicaciones de las argumentaciones en la vida de las mujeres. Porque ¿qué ocurre con las mujeres que no sienten el instinto –como hemos comentado antes?, ¿qué podemos decir sobre el amor hacia sus hijas e hijos de aquellas madres que no los han parido –madres adoptivas- y, por tanto, no está garantizado este amor por el instinto o por el gen maternal? Pensemos en el personaje de las madrastras de los cuentos: mujeres envidiosas, frías, crueles que desean y persiguen la muerte de las hijas de su pareja. Esta visión de la madrastra no pertenece ya sólo al ámbito de los cuentos populares. Daly y Wilson (2000) publicaron *La verdad sobre Cenicienta. Una aproximación darwiniana al amor parental*. Este libro incluye en su portada la siguiente frase: *El factor de riesgo más grave descubierto hasta hoy en el maltrato de los niños es la convivencia con un padrastro o una madrastra*.

Retomamos a nuestras interrogaciones: ¿Qué postura debemos adoptar sobre el término parto *natural* o sobre la prescripción de lactancia materna bajo la amenaza de los males que asolarán a nuestros hijos si no les damos el pecho? Lejos de nuestra intención abogar contra este tipo de parto ni contra la lactancia materna. Reflexionamos sobre comportamientos que pueden prescribirse como los únicos saludables o aconsejables independientemente de nuevo de la mujer concreta y sus circunstancias y, por tanto, aspiran a fijarse como normas correctas desde el punto de vista moral. Por último, ¿qué ocurre con las madres que han parido a sus hijos pero los han ido adoptando paulatinamente? ¿No son nuestras hijas e hijos siempre adoptados desde

el punto de vista del amor?

## 6. BREVES CONCLUSIONES

La visión más tradicional de la maternidad va más allá de referirse al ejercicio de ese papel. Incluye, en primer lugar, un modelo de masculinidad y feminidad en el que se niega a la mujer si no está no ejerce de madre, es decir, si no atiende las necesidades de los otros, no se olvida de ella misma, no regala su tiempo al cuidado de los demás, sean éstos hijos, parejas, progenitores...

Por otro lado, se centra en las necesidades de las criaturas y pasa por alto las de la madre. Avala un destino de abnegación y sacrificio de nuestra identidad como mujeres en el que además no participamos activamente en el desempeño de nuestro papel sino que requerimos la guía constante de expertos de todo tipo. Expertos- y a veces expertas- que hacen caso omiso de nuestros pensamientos y sentimientos más comunes para presentarnos una idealización de la maternidad que nos haga auto-imponernos y bendecir nuestro propio sacrificio. Si no respondemos a este ideal, recibiremos la sanción social y alimentaremos nuestra sensación de culpa. No seremos ni buenas madres ni óptimas mujeres.

En este retrato, que ilumina y prescribe el amor, se ocultan los rasgos frustrantes de la cotidianidad y se desvía igualmente la atención de la creación intelectual –mezcla de ingenio y sensibilidad- que se denomina *ser madre*. La sociedad nos ensalza con desmesura a la par que nos castiga si nuestras hijas e hijos no son como deben ser –pues son nuestro producto- y borra de la foto las responsabilidades de los varones y de la colectividad en general. En este sentido, como expresa otra mujer, madre y escritora, *la psicología personal es siempre política y la realidad política contribuye a la vida emocional* ( Roiphe, 1996: 27).

Si como afirma Hays ( op. cit.: 230), ignoramos las circunstancias, relaciones de poder e

intereses que han convertido a las mujeres en las principales responsables de la maternidad y que han llevado a tantos a creer que las habilidades maternas de las mujeres son en cierta forma naturales, esenciales o inevitables, este olvido tendrá implicaciones importantes la vida cotidiana, psicológica y social de las mujeres. Las mujeres tenderán a conformarse con un ideal único que les servirá de vara de medir su ajuste con la norma.

De acuerdo, con las posturas que adoptemos relativas a los debates presentados –y a sabiendas de simplificar asuntos tan complejos- la experiencia de la maternidad variará. Nuestra apuesta va por una mujer libre de optar en relación con la maternidad, una maternidad como una experiencia compleja con aspectos positivos y conflictivos, una madre que es sujeto de su experiencia, que influye en sus hijos tanto como los restantes agentes sociales (el padre y las instituciones sociales son también responsables de los hijos). La actuación de las madres no está prefijada y no puede analizarse fuera de la historia y el contexto sociocultural. Por esta razón hemos incluido en el título el plural *maternidades* como modo de subrayar la diversidad de experiencias que vivirán las mujeres.

En conclusión, nuestro deseo, pensando en las mujeres actuales y futuras, madres o no, estriba en que estos debates sobre mujer y maternidad redunden en que se nos permitan elegir, construir nuestras relaciones, nuestro proyecto de vida sin la amenaza del juicio moral, científico y político. No queremos renunciar, parafraseando a Gilligan, ni a nuestra voz ni a nuestro placer ni a nuestros amores.

## Notas

<sup>1</sup> Este escrito de Berceo data del siglo XIII. Imposible no traer a la mente la legislación actual sobre el aborto en España y las consecuencias para las mujeres y las clínicas en que se practica en el siglo XXI.

<sup>2</sup> Pensamos también el caso de mujeres –imaginemos una mujer lesbiana- que poseen la capacidad biológica y, sin embargo,

se inclinan por quedarse embarazadas sin relación con un hombre.

<sup>3</sup> La obra de Bowlby fue precedida por las impactantes observaciones de Spitz (1946) en orfanatos en las que encontró en los niños allí recogidos graves retrasos motores, intelectuales y socioafectivos. A partir de este y otros trabajos, se desarrolló una línea de trabajos sobre los efectos de la privación social que ha tenido como resultado muy positivo la atención a las facetas sociales y afectivas como ingrediente central en el desarrollo humano.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBERDI, I. (1999). *La nueva familia española*. Taurus, Madrid.
- ANDRÉS, A. (2000) “La maternidad y las nuevas tecnologías reproductivas” en Fernández Montraveta, C., Monreal, P., Moreno, A. y Soto, P., *Las representaciones de la maternidad*. Ediciones de la UAM, Madrid.
- ANTHONY, E. J. y BENEDEK, T. (1970). *Parenthood: Its Psychology and Psychopathology*. Little, Brown and Co., Nueva Cork.
- BADINTER, E. (1980) *¿Existe el amor maternal?* Paidós, Barcelona, 1991.
- BARBERÁ, E. (1988). *Psicología del género*. Ariel, Barcelona.
- BARON-COHEN, S. (2004) *The essential difference*. Penguin, Londres.
- BEAUVOIR, S. de (1949). *El segundo sexo*. (2 vols.). Ediciones Siglo XX , Buenos Aires, 1970.
- BOWLBY, J. (1946). *Forty-four juvenile thieves: their characters and home-life*. Tindall and Cox, Londres.
- BRADLEY, B. S. (1989). *Concepciones de la infancia*. Alianza, Madrid, 1992.
- BRUNER, J. (1997). *la educación, puerta de la cultura*. Visor, Madrid.
- CAPORALE, S. (coorda.). (2004). *Discursos teóricos en torno a la(s) maternidad(es)*. Entinema, Madrid.
- CARVALLO, A. y MORENO, A. (2003). *Las representaciones de la maternidad en adolescentes españolas*. Investigación no publicada.
- DALY, M. y WILSON, M. (2000) *La verdad sobre Cenicienta. Una aproximación darwiniana al amor paternal*. Crítica, Barcelona.
- DURÁN, M.A. (2000). *Si Aristóteles levantara la cabeza*. Cátedra, Madrid.
- FOWLES, E.R. (1998). “Labor Concerns of Women Two Months After Delivery”, *Birth*, 25: 235-240.
- EHRENREICH, B. y ENGLISH, D. (1978). *Por su propio bien*. Taurus, Madrid, 1990.
- FERNÁNDEZ MONTRAVETA, C., MONREAL, P., MORENO, A. y SOTO, P. (2000). *Las representaciones de la maternidad*. Ediciones de la UAM , Madrid.
- FERRO, N. (1991). *El instinto maternal o la necesidad de un mito*. Siglo XXI, Madrid.
- GILLIGAN, C. (1982). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- GILLIGAN, C. (2003). *El nacimiento del placer. Una nueva geografía del amor*. Paidós, Barcelona.
- HAYS, S. (1996). *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Paidós, Barcelona, 1998.
- HIDALGO, M. V. (1998). “Transición a la maternidad y a la paternidad” en Rodrigo, M. J. y Palacios, J. (coords.) *Familia y desarrollo humano*: 161-180. Alianza Editorial., Madrid.
- HYDE, J. (2005). The gender similarities Hypothesis. *American Psychologist*, 60, 581-592.
- IRELAND, M.S. (1993). *Reconceiving women*. Guilford Press, Nueva York.
- LAMB, M y STERNBERG, K. (1992) “Sociocultural perspectives on nonparental child care” en

- En Lamb, M., Sternberg, K. Hwang, C. y Broberg, A. (eds.) *Child care in context*. LEA, Hillsdale, N.J.
- LIEDLOFF, J. (2003). *El concepto de continuum: en busca del bienestar perdido*. Editorial OB STARE, Tenerife.
- MACCOBY, E. y JACKLIN, C. (1974) *The Psychology of sex differences*. Standford U.P., Standford.
- MARTÍN, M. (2000). “Buenas madres, malas madres y no madres en los primates” en Fernández Montraveta, C., Monreal, P., Moreno, A. y Soto, P., *Las representaciones de la maternidad*. Ediciones de la UAM, Madrid.
- MONREAL, P. (2000). “Las madres no nacen, se hacen” en Fernández Montraveta, C., Monreal, P., Moreno, A. y Soto, P., *Las representaciones de la maternidad*. Ediciones de la UAM, Madrid.
- OAKLEY, A. (1980). *Women confined. Towards a sociology of childbirth*. Robertson, Oxford.
- PATERNA, C. y MARTÍNEZ, C. (2005). *La maternidad hoy: claves y encrucijadas*. Minerva, Madrid.
- PRECIADO, N. (1997). *El sentir de las mujeres*. Temas de Hoy, Madrid.
- RICH, A. (1976). *Nacida de mujer*. Noguer, Barcelona, 1978.
- ROCA I GIRONA, J. (1996). *De la pureza a la maternidad: la construcción del género femenino en la postguerra española*. Ministerio de Cultura, Madrid.
- ROIPHE, A. (1996). *A mother's eye. Motherhood and feminism*. Virago, Londres.
- RUTTER, M. (1990). *La privación materna*. Morata, Madrid.
- SCHEPER-HUGHES, N. (1997). *La muerte sin llanto*. Ariel, Barcelona.
- STERN, D., BRUSCHWEILER, N. y FREELAND, A. (1999). *El nacimiento de una madre*. Paidós, Barcelona.
- SWIGART, J. (1991). *The myth of the bad mother*. Doubleday, Nueva York.
- TUBERT, S. (coord.). (1998). *Mujeres sin sombra: maternidad y tecnología*. Cátedra, Madrid.
- USSHER, J. (1991). *La psicología del cuerpo femenino*. Arias Montano, Madrid.
- WEISNER, T.S. y GALLIMORE, R. (1977) “My broother's keeper: child and sibling caretaking”, *Current Anthropology*, 18: 169-90.